

H. G. Wells

El hombre invisible

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Invisible Man*

Primera edición: 2002
Segunda edición: 2015
Segunda reimpresión: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © by the Literary Executors of the Estate of H. G. Wells
© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2015
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2002, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-9392-7
Depósito legal: M. 26.643-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 1. La llegada del extraño forastero
- 18 2. Las primeras impresiones del señor Teddy Henfrey
- 26 3. Las mil y una botellas
- 34 4. El señor Cuss se entrevista con el forastero
- 44 5. El robo en casa del párroco
- 48 6. Los muebles que se volvieron locos
- 54 7. El forastero se revela
- 67 8. En tránsito
- 69 9. El señor Thomas Marvel
- 78 10. El señor Marvel va a Iping
- 83 11. En el Coach and Horses
- 88 12. El Hombre Invisible pierde los estribos
- 96 13. El señor Marvel propone su renuncia
- 100 14. En Port Stowe
- 109 15. El hombre que corría
- 112 16. En The Jolly Cricketers
- 118 17. El doctor Kemp recibe una visita
- 130 18. El Hombre Invisible duerme
- 136 19. Algunos principios fundamentales
- 144 20. En la casa de Great Portland Street
- 159 21. En Oxford Street
- 167 22. En los grandes almacenes
- 176 23. En Drury Lane
- 189 24. El plan que fracasó

195	25.	La caza del Hombre Invisible
199	26.	El asesinato de Wicksteed
206	27.	El asedio a la casa de Kemp
219	28.	El cazador cazado
228		Epílogo

1. La llegada del extraño forastero

El forastero llegó un día gélido de principios de febrero, después de atravesar a pie las colinas desde la estación de Bramblehurst¹ en medio de un viento cortante y una fuerte nevada –la última del año–, llevando en una mano enguantada un maletín negro. Iba muy abrigado de la cabeza a los pies, y el ala de su sombrero de fieltro le ocultaba todo el rostro, a excepción de la brillante punta de la nariz. Se le había amontonado nieve en los hombros y en el pecho, que también añadía una cresta blanca al equipaje. Entró tambaleándose en la posada Coach and Horses más muerto que vivo y tiró la maleta al suelo.

–¡Un fuego –gritó–, por caridad! ¡Una habitación con un fuego!

En el bar dio patadas en el suelo y se sacudió la nieve de encima, y, a continuación, siguió a la señora Hall al re-

1. Ciudad ficticia de West Sussex, condado del sur de Inglaterra, basada en Midhurst, donde Wells trabajó de joven. (*N. del T.*)

servado para llegar a un acuerdo. Y con tan escasa presentación, además de un par de soberanos que arrojó encima de la mesa, comenzó su estancia en la posada.

La señora Hall encendió el fuego y lo dejó allí mientras iba a prepararle algo de comer ella misma. Que un huésped se alojara en Iping en invierno era una suerte inaudita, y más aún uno que no regateaba, por lo que estaba decidida a demostrar que era digna de tan buena fortuna.

En cuanto se estuvo haciendo el beicon y hubo puesto a trabajar un poco a Millie, su fofa y lenta asistenta, con unas cuantas expresiones de desdén hábilmente escogidas, llevó mantel, platos y vasos al reservado y empezó a poner la mesa con mucha ostentación. Le sorprendió que, pese a que el fuego ardía con fuerza, el huésped, que de espaldas a ella contemplaba por la ventana la nieve que caía en el patio, no se hubiera quitado el abrigo ni el sombrero.

Tenía las manos enguantadas a la espalda y parecía inmerso en sus pensamientos. La señora Hall se dio cuenta de que la nieve derretida que todavía le quedaba sobre los hombros estaba goteando sobre la alfombra.

—¿Me da el abrigo y el sombrero, señor —dijo—, para que se los seque en la cocina?

—No —contestó él sin volverse.

Como no estaba segura de haberle entendido bien, se disponía a repetirle la pregunta cuando él giró la cabeza y la miró por encima del hombro.

—Prefiero dejármelos puestos —afirmó con bastante contundencia; y entonces la señora Hall se fijó en que llevaba unas grandes gafas azules cerradas por los lados, y en que una poblada barba le ocultaba por completo el rostro por encima del cuello del abrigo.

—Muy bien, señor, como usted quiera —dijo—. Dentro de poco la habitación estará más caldeada.

Él no contestó, sino que se limitó a volver a mirar por la ventana. La señora Hall pensó que no era buen momento para intentar entablar conversación, y, después de terminar de poner la mesa de cualquier modo, salió a toda prisa de la habitación. Cuando regresó, él seguía allí como una estatua, con la espalda encorvada, el cuello del abrigo subido y el ala del sombrero que goteaba bajada, de manera que le tapaban por completo el rostro y las orejas. Dejó los huevos con beicon con considerable contundencia y, más que decirlo, anunció:

—La comida está servida, señor.

—Gracias —contestó el huésped prácticamente a la vez, pero no se movió hasta que ella ya casi había cerrado la puerta. Entonces se dio la vuelta y se acercó a la mesa.

Conforme volvía a la cocina por detrás de la barra, la señora Hall oyó un ruido que se repetía a intervalos regulares. Hacía *cloc, cloc, cloc*; era el sonido de una cuchara que batía con celeridad en un cuenco. «¡Esta chica! —pensó—. Ya se me había olvidado. ¡Mira que le cuesta!».

Y mientras ella misma terminaba de mezclar la mostaza, le soltó a Millie una reprimenda por ser tan lenta. Ella se había encargado de preparar los huevos con jamón, de poner la mesa y de hacerlo todo, y mientras, Millie (¡menuda ayuda!) sólo había conseguido que la mostaza no estuviese a tiempo. ¡Y teniendo un nuevo huésped que se quería quedar! Después llenó la jarra de la mostaza y, tras ponerla con cierta majestuosidad en una bandeja de té dorada y negra, la llevó al reservado.

Dio unos golpecitos en la puerta y entró de inmediato. Según lo hacía, el forastero se movió rápidamente, con lo que ella apenas llegó a atisbar un objeto blanco que desapareció detrás de la mesa. Parecía que estaba recogiendo algo del suelo. La señora Hall dejó la jarra en la mesa, y entonces se percató de que él se había quitado el abrigo y el sombrero y los había puesto en una silla delante del fuego, así como de que sus botas mojadas amenazaban con oxidar el guardafuegos de acero. Se dirigió con decisión hacia las prendas.

—Supongo que ya me lo puedo llevar todo a secar —dijo en un tono que no admitía ninguna negativa.

—Deje el sombrero —contestó el huésped con voz ensordecida; y, al volverse, la señora Hall vio que había levantado la cabeza y la miraba.

Lo contempló boquiabierto un momento, tan atónita que no podía hablar.

El forastero se tapaba la parte inferior de la cara con un trapo blanco —una servilleta que había traído con él—, de manera que se ocultaba la mandíbula y la boca por completo, lo que explicaba su voz ensordecida. Sin embargo, no fue eso lo que asustó a la señora Hall, sino el hecho de que, por encima de sus gafas azules, tenía toda la frente cubierta con un vendaje blanco, del mismo modo que otro también le cubría las orejas, con lo que no se le veía absolutamente nada de la cara a excepción de su puntiaguda nariz rosácea. Ésta era de un rosa intenso, y seguía brillando igual que al llegar. El huésped llevaba una chaqueta de terciopelo de color marrón oscuro, de la que se había subido el ancho cuello forrado de lino negro. Su abundante pelo negro, que salía como

podía entre los vendajes y por debajo de éstos, adoptando curiosas formas de coletas y cuernos, le daba el aspecto más extraño que se pueda imaginar. Esa cabeza vendada y embozada era tan distinta a lo que la señora Hall se esperaba que, por un instante, quedó paralizada.

Él no se retiró la servilleta, sino que siguió sosteniéndola con una mano enfundada en un guante marrón, como pudo ver ella ahora, mientras la miraba a través de sus inescrutables gafas azules.

—Deje el sombrero —repitió él con claridad tras el trapo blanco.

La señora Hall, que empezaba a recuperarse de la fuerte impresión que se había llevado, volvió a dejar el sombrero en la silla de delante del fuego.

—No sabía, señor —dijo—, que...

Pero, azorada, no pudo terminar la frase.

—Gracias —contestó él con sequedad, al tiempo que apartaba la mirada de ella para dirigirla a la puerta y después de nuevo a ella.

—Lo tendré todo seco enseguida, señor —dijo la señora Hall, que, a continuación, se fue con la ropa de la habitación. Mientras salía, echó otro rápido vistazo a la cabeza vendada de blanco y a los anteojos protectores azules; seguía tapándose la parte inferior de la cara con la servilleta. La señora Hall se estremeció un poco conforme cerraba la puerta; su rostro era prueba elocuente de la sorpresa y perplejidad que la embargaba.

—¡En la vida! —murmuró—. ¡Lo que hay que ver!

Volvió casi sigilosamente a la cocina, donde, de tan absorta en sus pensamientos, ni siquiera preguntó a Millie qué desaguizado estaba organizando en ese momento.

El huésped oyó alejarse los pasos de ella. Miró inquisitivamente hacia la ventana antes de quitarse la servilleta y seguir comiendo. Tomó un bocado, volvió a mirar con recelo hacia la ventana, tomó otro bocado, y entonces se levantó y, con la servilleta en la mano, recorrió la habitación y bajó el estor hasta la muselina blanca que cubría los cristales de la parte de abajo. Así la habitación quedó en tinieblas, lo que le permitió volver con aire más relajado a la mesa para seguir comiendo.

—El pobre hombre ha tenido un accidente, o una operación o algo —dijo la señora Hall—. ¡Qué susto que me he llevado al ver todos esos vendajes! —Eché más carbón, abrió el tendedero y extendió el abrigo del viajero encima de él—. ¡Y esas gafas! ¡Pero si en vez de una cabeza humana parecía una escafandra de buzo! —Colgó la bufanda de él de un lado del tendedero—. Y eso de ponerse el pañuelo sobre la boca todo el rato, hasta para hablar... A lo mejor es que también tiene alguna herida en la boca, vete tú a saber... —Se volvió como si de pronto hubiese recordado algo—. ¡Bendita sea! —exclamó, yéndose por las ramas—. ¿Pero es que aún no has hecho las patatas, Millie?

Cuando la señora Hall fue a retirar la comida del forastero se confirmó en su idea de que también debía de haberse cortado o desfigurado la boca en el accidente que suponía que había sufrido, porque, aunque aquél estaba fumando en pipa, en ningún momento mientras ella estuvo en la habitación se aflojó el pañuelo de seda con que se había envuelto la parte inferior de la cara para llevarse la boquilla a los labios. Sin embargo, no era por puro despiste, pues la señora Hall se dio cuenta de que

él miraba la pipa según ardía. Estaba sentado en un rincón, de espaldas al estor de la ventana, y, una vez que había bebido, comido y entrado en calor, hablaba de un modo menos breve y tajante. El reflejo del fuego confería a sus grandes gafas una especie de animación roja de la que carecían antes.

—He dejado equipaje en la estación de Bramblehurst —dijo, tras lo que le preguntó qué podía hacer para que se lo llevaran allí. Incluyó la cabeza vendada de una forma bastante educada en respuesta a la explicación de ella—. ¡Mañana! ¿No puede ser más pronto?

Pareció muy decepcionado cuando la señora Hall contestó que no. ¿Estaba segura? ¿No podía ir alguien con una carreta a por él?

La señora Hall, con toda prontitud, contestó a sus preguntas e intentó entablar conversación:

—El camino de las colinas es muy empinado, señor —dijo con respecto a la carreta; y entonces, aprovechando la oportunidad, añadió—: Hace un año o más volcó allí un carruaje. Murió un caballero, además del cochero. Los accidentes ocurren en un segundo cuando uno menos se lo espera, ¿verdad, señor?

Sin embargo, no iba a ser tan fácil sacarle información al huésped.

—Sí —dijo éste a través del pañuelo, mientras la contemplaba parsimoniosamente con sus impenetrables gafas.

—Aunque luego tarda uno mucho en ponerse bien, ¿verdad, señor...? Y si no fíjese en el hijo de mi hermana, Tom, que se hizo un corte en el brazo con una guadaña, porque tropezó y se cayó encima de ella en el henar, y, ¡válgame Dios!, se pasó tres meses impedido. Fue espan-

toso. Ni se imagina el miedo que le tengo desde entonces a las guadañas, señor.

–Sí, lo comprendo perfectamente –dijo el huésped.

–Hasta llegó a temerse que lo tuvieran que operar, de lo mal que estaba...

Él se echó a reír de repente, como con una especie de ladrido con el que mordiese y aniquilase la carcajada antes de que llegara a salir de su boca.

–¿De verdad? –dijo.

–Ya lo creo que sí, señor. Y no fue cosa de risa para los que nos tuvimos que ocupar de él como me pasó a mí, ya que mi hermana estaba muy liada con sus hijos pequeños. Había que estar poniéndole y quitándole vendajes todo el rato; y por eso me atrevería a decirle, señor, que...

–¿Me podría dar cerillas? –le pidió el forastero de pronto–. Se me ha apagado la pipa.

La señora Hall se calló de inmediato. Eso era muy grosero por parte de él, después de todo lo que le estaba contando. Lo contempló con la boca entreabierta un instante, pero entonces pensó en los dos soberanos y fue a por las cerillas.

–Gracias –fue lo único que le dijo él cuando se las entregó, tras lo que le dio la espalda y volvió a mirar por la ventana. Era una situación desalentadora. Estaba claro que se ponía muy susceptible si le hablaban de operaciones y vendajes. Al final, la señora Hall no se «atrevió a decirle», pero quedó molesta por el desaire de él y Millie pagó las consecuencias toda esa tarde.

El huésped permaneció en el reservado hasta las cuatro, sin que diese la menor excusa para semejante invasión. Estuvo muy quieto la mayor parte de ese tiempo;

parecía estar sentado, en la habitación cada vez más oscura, fumando a la luz del fuego o quizá dormitando.

En una o dos ocasiones, alguien que se hubiese dedicado a escuchar por curiosidad podría haberlo oído removiendo las brasas, tras lo que durante cinco minutos sus pasos resonaron por la habitación. Parecía hablar solo. Después la butaca crujió cuando se volvió a sentar.

2. Las primeras impresiones del señor Teddy Henfrey

A las cuatro, cuando ya había oscurecido bastante y la señora Hall intentaba armarse de valor para entrar y preguntarle al huésped si quería tomar el té, llegó a la posada Teddy Henfrey, el relojero.

—¡Válgame Dios, qué tiempo más malo cuando se calzan botas finas, señora Hall! —dijo. Fuera nevaba con más fuerza.

Ella estuvo de acuerdo, y entonces se percató de que Henfrey llevaba su caja de herramientas.

—Ahora que está aquí, señor Teddy —dijo—, le quedaría muy agradecida si le echara un vistazo al viejo reloj del reservado. Funciona y da la hora muy bien, pero la manecilla de las horas está parada en las seis.

Lo condujo hasta la puerta de la habitación y, después de llamar, entró.

Al abrir, la señora Hall vio que el huésped estaba sentado en la butaca delante del fuego, al parecer dormitan-

do, con la cabeza vendada inclinada a un lado. La única luz de la estancia era el resplandor rojo de las llamas –que le iluminaba los ojos como si fuesen señales ferroviarias de precaución, pero le dejaba a oscuras el rostro agachado–, junto con los escasos vestigios del día que entraban por la puerta abierta. Lo veía todo rojizo, sombrío y boroso, aún más habida cuenta de que acababa de encender la lámpara del bar y se había deslumbrado. No obstante, durante un instante le pareció que el hombre al que miraba tenía una enorme boca abierta de par en par; una increíble boca inmensa que se había tragado toda la parte inferior de la cara. Fue sólo una impresión momentánea, en la que vislumbró la cabeza vendada de blanco, las monstruosas gafas que le tapaban los ojos y ese gigantesco agujero de debajo. Entonces él se movió, se incorporó y levantó una mano. La señora Hall abrió la puerta del todo para que entrase más luz y lo pudo ver con mayor claridad: se cubría la cara con el pañuelo igual que antes con la servilleta. Se figuró que la habrían engañado las sombras.

–¿Le importa que este hombre le eche un vistazo al reloj, señor? –preguntó, ya recuperada de la fuerte impresión.

–¿Al reloj? –dijo él, mientras miraba a su alrededor con aire somnoliento y hablaba con la mano en la boca, hasta que, una vez más despierto, añadió–: Sí, por supuesto.

La señora Hall salió para coger una lámpara, y él se levantó y se estiró. Cuando llegó la luz, el señor Teddy Henfrey entró y se encontró frente a frente con esa persona vendada. Según él, se quedó «de piedra».

–Buenas tardes –lo saludó el forastero, que lo observó, dice el señor Henfrey, recordando vívidamente las gafas oscuras, «más con aspecto de langosta que de persona».

–Espero que no le moleste –dijo el señor Henfrey.

–En absoluto –contestó el desconocido–, aunque creía –le dijo a la señora Hall– que esta habitación iba a ser para mi uso exclusivo.

–Es que he pensado, señor –explicó ella–, que preferiría que el reloj estuviese...

Iba a decir «en perfectas condiciones».

–Por supuesto –asintió el forastero–, por supuesto, pero, por lo general, me gusta estar solo y que no me molesten. De todas formas, me alegro de que vayan a arreglar el reloj –añadió al observar cierta actitud vacilante del señor Henfrey–. Sí, me alegro mucho. –El señor Henfrey se disponía a disculparse y retirarse, pero se tranquilizó al adelantársele el forastero con esas palabras. Éste se situó de espaldas a la chimenea con las manos atrás y dijo–: Me gustaría tomar el té, pero después de que esté reparado el reloj, no antes.

La señora Hall estaba a punto de salir de la habitación –esta vez no intentó entablar conversación, ya que no quería verse desairada delante del señor Henfrey– cuando su huésped le preguntó si había solucionado lo del equipaje que había dejado en Bramblehurst. Le contestó que se lo había comentado al cartero, y que el trajinero se lo podía llevar al día siguiente.

–¿Está segura de que eso es lo más pronto que puede ser? –preguntó él.

La señora Hall, con marcada frialdad, afirmó que lo estaba.

–Debería explicar –continuó él– lo que antes no he hecho por el frío y el cansancio que tenía, y es que soy científico experimental.

–¡No me diga, señor! –exclamó la señora Hall, muy impresionada.

–Y en mi equipaje hay equipo y aparatos que necesito.

–Cosas muy útiles sin duda, señor –afirmó ella.

–Y, como es normal, quiero seguir con mis investigaciones lo antes posible.

–Por supuesto, señor.

–La razón de que haya venido a Iping –prosiguió él, con cierta actitud intencionada– es... que quiero soledad, que no me molesten mientras trabajo. Además de eso, un accidente...

«Lo que me pensaba», se dijo la señora Hall.

–... me obliga a guardar retiro. A veces tengo los ojos tan débiles, y me duelen tanto, que he de encerrarme a oscuras durante horas; encerrarme con llave, de vez en cuando... Ahora no, desde luego. En esas ocasiones, la menor interrupción, el que entre alguien en la habitación, me molesta muchísimo... Considero que lo mejor es que estas cosas queden bien claras.

–Por supuesto, señor –asintió la señora Hall–, y si me permite que le pregunte...

–Creo que eso es todo, gracias –dijo el forastero, con ese aire tranquilo y tajante que podía adoptar a su conveniencia y al que era imposible resistirse. La señora Hall se guardó la pregunta y su lástima para mejor ocasión.

Después de que ella saliera de la habitación, el desconocido permaneció delante del fuego observando atentamente, según cuenta el señor Henfrey, la reparación

del reloj. Éste no sólo quitó las manecillas y la esfera, sino que también sacó la maquinaria, mientras intentaba trabajar del modo más lento, silencioso y discreto posible. Tenía muy cerca la lámpara, cuya pantalla verde arrojaba una intensa luz sobre sus manos, la caja del reloj y los engranajes, y dejaba el resto de la habitación a oscuras. Cuando miraba hacia arriba, retazos de color flotaban ante sus ojos. Como era de natural curioso, había sacado la maquinaria, lo cual no era en absoluto necesario, con la idea de prolongar su estancia allí y tal vez conseguir conversar con el forastero. Sin embargo, éste seguía totalmente inmóvil y callado; tan callado que Henfrey se estaba poniendo muy nervioso. De pronto fue como si se encontrase solo en la sala, así que levantó la cabeza y allí, entre tinieblas, estaban la cabeza vendada y las enormes lentes azules mirándolo fijamente, con una neblina de puntos verdes que revoloteaban delante. Era tan extraño que, durante unos instantes, ambos se quedaron contemplándose mutuamente de forma inexpresiva. A continuación, Henfrey volvió a mirar hacia abajo. ¡Qué situación más violenta! Tal vez debiera decir algo... ¿Y si comentaba que hacía mucho frío para esa época del año?

Levantó de nuevo la cabeza, como para apuntar y lanzar ese disparo inicial.

—Hace... —empezó a decir.

—¿Por qué no termina de una vez y se va? —exclamó la figura rígida, en un tono que dejaba claro que intentaba contener la ira—. Lo único que tiene que hacer es fijar la manecilla de la hora en su eje. Sólo está perdiendo el tiempo...

—Sí, sí, señor, un minuto más y acabo. Es que me he entretenido...

Y el señor Henfrey terminó y se marchó.

Sin embargo, se fue muy indignado.

«¡Maldita sea! —se dijo conforme avanzaba por el pueblo con dificultad por la nieve que se derretía—. ¡Digo yo que, si hay que arreglar un reloj, pues habrá que arreglarlo!»

Y después: «¿Conque no te gusta que te miren, eh? Uy, qué cosa más rara...».

Y a continuación: «No, parece que no te gusta. Desde luego, si te estuviera buscando la policía, más tapado y vendado no podrías ir...».

En la esquina de la tienda de Gleeson, vio a Hall —que se había casado recientemente con la patrona de la posada del forastero, y estaba a cargo del vehículo que hacía el trayecto entre Iping y el cruce de Sidderbridge cuando había algún pasajero—, que venía hacia él de vuelta de aquel lugar. A juzgar por su forma de guiar el carruaje, era evidente que Hall había «parado un ratito» en Sidderbridge.

—¿Qué hay, Teddy? —dijo al pasar.

—¡Vaya bicho raro que tienes en casa! —contestó éste.

Hall se detuvo muy afablemente.

—¿Qué dices? —preguntó.

—Que ha llegado a la posada un hombre con una pinta muy rara —le explicó Teddy—. ¡Ya lo creo que sí!

Y le hizo a Hall una descripción muy vívida de su grotesco huésped.

—Es como si fuera disfrazado, ¿no te parece? ¡Desde luego a mí me gustaría verle la cara a quien se alojase en

mi casa! –dijo Henfrey–. Pero claro, las mujeres son muy confiadas cuando se trata de desconocidos... Ha ocupado tus habitaciones y ni siquiera ha dado un nombre, Hall.

–¡No me digas! –exclamó éste, que era lento para captar las cosas.

–Pues sí, para una semana –dijo Teddy–. Sea lo que sea, no te vas a poder librar de él al menos en una semana. Y dice que mañana le va a llegar un montón de equipaje. Esperemos que no lleve las maletas llenas de piedras...

Y entonces le contó a Hall que a su tía de Hastings la había estafado uno con un baúl vacío. En general, consiguió despertar ciertas sospechas en él.

–Arre, vieja –dijo Hall a la yegua–, que tengo que ver qué es lo que pasa.

Teddy siguió su penoso camino sintiéndose muy aliviado.

Sin embargo, en lugar de «ver qué era lo que pasaba», a su regreso Hall se llevó una severa reprimenda de su mujer por haberse entretenido tanto en Sidderbridge, y sus tímidas preguntas sólo recibieron respuestas irascibles y poco claras. Aun así, la semilla de la sospecha que había sembrado Teddy germinó en la cabeza del señor Hall pese a esos impedimentos.

–Las mujeres no lo sabéis todo –dijo él, que estaba resuelto a averiguar más sobre el huésped a la primera ocasión que se le presentara. Y cuando éste se fue a dormir, lo que ocurrió hacia las nueve y media, el señor Hall entró con actitud agresiva en la sala y observó con detalle los muebles de su mujer, tan sólo para demostrar que el forastero no era el amo de aquel lugar, y examinó detenidamente y con cierto desdén una hoja de cálculos mate-

máticos que el otro había dejado allí. Antes de irse a la cama esa noche, dio instrucciones a la señora Hall de que inspeccionase el equipaje del forastero cuando llegase al día siguiente.

–Tú ocúpate de tus asuntos, Hall, que yo ya me ocupo de los míos –replicó ella.

Se sentía aún más propensa a contestarle así porque, sin lugar a dudas, el forastero era un hombre muy extraño, y ella no las tenía en absoluto todas consigo con respecto a él. En mitad de la noche, se despertó de repente porque estaba soñando con enormes cabezas blancas que eran como nabos, de cuellos interminables y grandes ojos negros, que la perseguían. Sin embargo, como era una mujer sensata, dominó sus miedos, se dio la vuelta y se durmió de nuevo.